
LOS GRADIENTES ALTITUDINALES Y DE ACCESIBILIDAD: DOS CLAVES DE LA ORGANIZACIÓN GEO-AGRONÓMICA ANDINA

Yves Poinso

SET (UMR CNRS 5603)
Universidad de Pau et des pays de L'Adour - Francia
yves-poinso@univ-pau.fr

RESÚMEN

La organización espacial de la producción agrícola andina obedece al modelo de «archipiélagos verticales» descrito por J. Golte. Se discute aquí cómo la modernización agrícola basada en una «revolución verde» permite a grupos de campesinos que viven en forma dispersa, reproducir la buscada diversidad biológica en espacios con restricción a la movilidad y al desplazamiento. Se examina después, para la sierra ecuatoriana, en qué condiciones la valorización de los diferenciales altitudinales subsiste bajo condiciones de marginalidad económica y social. Finalmente, se muestra cómo en las situaciones de marginalidad amazónica, los diferenciales de accesibilidad conducen a organizaciones geo-agronómicas semejantes.

Palabras-claves: Andes, geo-agronomía, diferencial altitudinal, accesibilidad, marginalidad.

ABSTRACT

The spatial organization of Andean agricultural production follows the “vertical archipelago” described by J. Golte. This paper discusses how agricultural modernization based on the green revolution causes dispersed local farmers to reproduce their biological diversity in areas with restricted mobilization and displacement. Later, valorization of altitudinal variation is examined in the Ecuadorian sierra in light of economical and social marginalization. Finally, Amazon marginality is analyzed as it relates to accessibility that lead to similar geo-agricultural organization.

Key words: Andes, geo-agriculture, altitudinal variation, accessibility, marginality

RÉSUMÉ

L'organisation spatiale des productions agricoles andines obéit à des structures en «archipel vertical» analysées par J. Golte. On discute ici comment la modernisation agricole fondée sur une «Révolution Verte» permet la reproduction sur un espace restreint (donc en réduisant les déplacements) de la diversité biologique recherchée dans ces organisations «éclatées». On examine ensuite dans quelles conditions de marginalité économique et sociale la valorisation des différentiels altitudinaux demeure d'actualité dans la Sierra équatorienne. On montre enfin qu'en situation de marginalité amazonienne, les différentiels d'accessibilité conduisent à des organisations géo-agronomiques comparables.

Mots-clés : Andes, géo-agronomie, différentiel altitudinal, accessibilité, marginalité.

Una versión anterior de este artículo ha sido publicada como: Poinso, Yves. «Del gradiente altitudinal al gradiente de accesibilidad. Valorización de los diferenciales geográficos en los Andes y en el Himalaya». in Deler Jean Paul, Mesclier Evelyne (Ed. Sc). *Los Andes y el reto del espacio mundo. Homenaje a Olivier Dollfus*. Lima: IFEA-P, 2004. 419 p. (p. 153-180)

En los años 70 y 80 se desarrollaron importantes estudios sobre la organización de las sociedades tradicionales de montaña. Así, en 1986 J. F. Dobremez publica un conjunto de textos consagrados a la vertiente de Salme (Nepal) en donde en años anteriores el CNRS y el INRA habían financiado importantes programas de investigación. En el campo andino, bajo la impulsión determinante de O. Dollfus, numerosas investigaciones publicadas entre 1975 y 1990 estudian de manera igualmente profunda diferentes vertientes de los Andes centrales, particularmente en los valles del Chancay, cerca del Cañete en el Perú, y en los alrededores de Ambana en Bolivia. En un número de *Etudes Rurales* de 1981 consagrado a los “campesinos de América cordillerana”, F. Greslou propone una síntesis relativa a los sistemas de explotación de las comunidades del Chancay y de Ambana.

Estas diferentes publicaciones se refieren a un modelo de valorización social de las complementariedades ecológicas de montaña propuesto en 1972 por J. Murra y retomado desde entonces, matizándolo algunas veces (Fioravanti-Molinié 1981) o completándolo (Morlon 1990), por la totalidad de los especialistas del mundo rural andino. J. Golte (1980) lo discutió y lo plasmó gráficamente en un esquema hoy por hoy ampliamente difundido. Él agrupa (*figura 1*) la organización espacial de las sociedades de montaña en tres modelos, distribuidos en el tiempo y en el espacio, en el que el más antiguo es obsoleto porque esencialmente es precolombino. El segundo se muestra aún operacional en numerosas vertientes de los Andes centrales o del Himalaya, mientras que el tercero, “moderno”, parece estar extendido en dos configuraciones. La primera, topográfica, se manifiesta en los valles de gran longitud en los que las comunidades se suceden de arriba hacia abajo y por consiguiente se “especializan” en la explotación del único medio que está a su alcance; (el tipo “extenso” de Bruschi (1974), citado por Morlon (1990)). La segunda corresponde a los sistemas de explotación agrícola muy monetizados y especulativos que encontramos ampliamente en Colombia por ejemplo.

Esta visión de las cosas conduce a leer el segundo modelo como un estadio “intermedio” que confirma la desaparición de organizaciones territoriales transandinas de gran amplitud pero que al mismo tiempo muestra el

afán persistente de las familias por valorizar los grandes gradientes ecológicos que ofrecen las vertientes de montaña. Sin embargo, esta última preocupación tiene que enfrentar el costo considerable, en tiempo y en energía, de los desplazamientos que supone esta configuración. Se percibe pues una tendencia general a reducir la amplitud altitudinal de las idas y venidas tanto en el Himalaya como en los Andes. Se plantea entonces la interrogante de la supervivencia de este modo de valorización de los medios en el movimiento general de modernización agrícola y de su eventual reemplazo por el tercer modelo en el que la difusión de una economía fundada sobre intercambios ampliamente monetizados permitiría el abandono, por parte de las familias, de las estructuras parcelarias “en archipiélago”.

Ahora bien, existen estudios recientes como los de Pouille (2000) y Rippert (2001), que nos llevan, 20 años después de las investigaciones a gran escala fundadoras de esta visión, a reconsiderarla al menos parcialmente, demostrando que los factores de resistencia, incluso de renacimiento de organizaciones que valorizan los diferenciales geográficos, están actuando.

A partir de estos aportes recientes, en esta contribución quisiera discutir dónde y por qué sobreviven o vuelven a emerger semejantes modos de organización y el sentido que hay que dar a tales movimientos. Para ello en un primer momento definiremos con precisión lo que recubre el principio de valorización de las “complementariedades de montaña” (Dobremez 1989), luego se discutirá sobre las condiciones favorables para la supervivencia de esta “norma organizacional”, antes de constatar que se encuentra también fuera del mundo de montaña, en condiciones en las que los gradientes de accesibilidad reemplazan a aquellos ligados a la altitud.

**LA DIFUSIÓN DE UNA
“REVOLUCIÓN VERDE”
PERMITE CONSERVAR UNA
PRODUCCIÓN DE AMPLIO
ESPECTRO SOBRE UN
TERRITORIO DE ESCASA
HETEROGENEIDAD ECOLÓGICA**

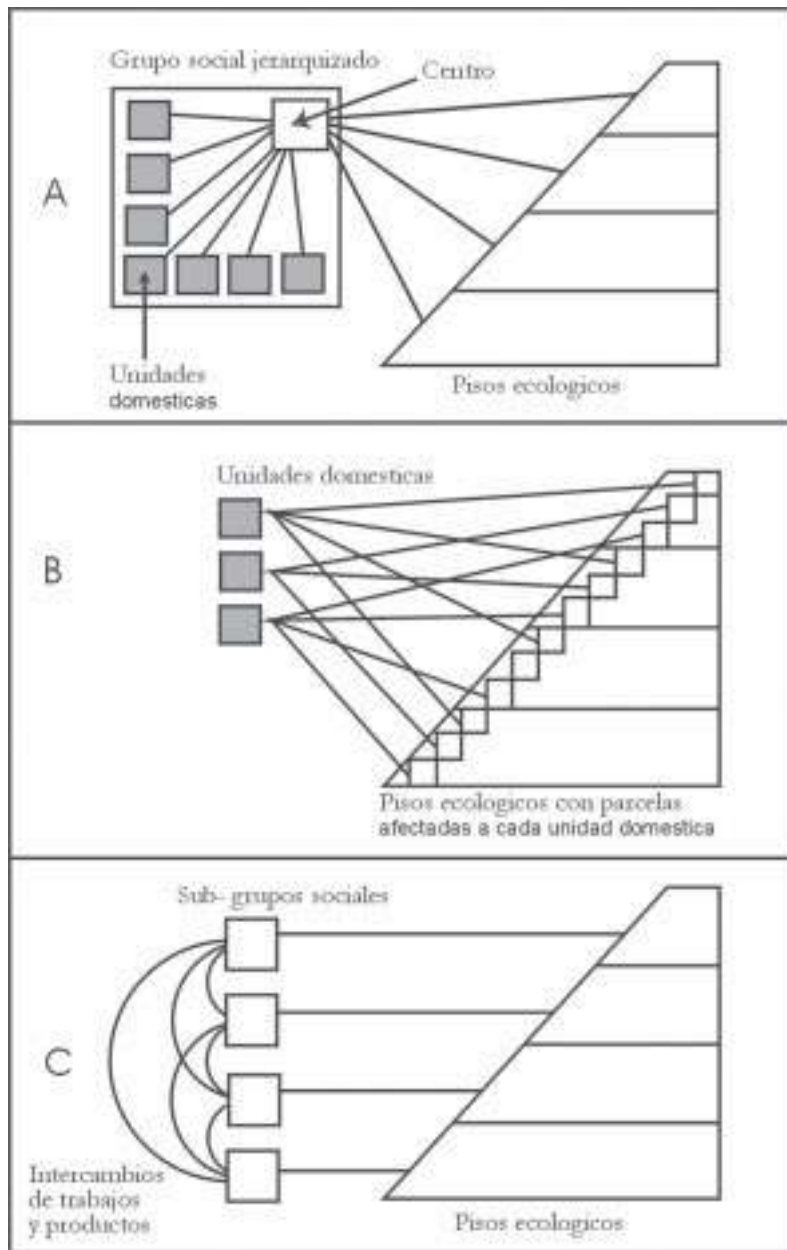


Figura 1. Diferentes formas de organización social para la explotación complementaria de medios escalonados (Según Golte J. La racionalidad de la organización andina. Lima: IEP. 1980. 124 p.)

¿Simple variedad de seguridad alimentaria o complementariedad ecológica de amplio espectro?

Los modelos representados en la figura 1 se interrogan sobre la manera en que las sociedades se organizan para valorizar, dentro de cortas distancias, medios ecológicamente muy diferenciados por la variación de altitud. El segundo modelo, que nos interesa sobre todo en este caso, postula que los grupos familiares que los trabajan buscan dominar el acceso al más variado abanico posible de situaciones ecológicas ya que este permite garantizar una gama de producciones “de amplio espectro” que satisface de esta manera una gran parte de las necesidades domésticas. Se está dentro de una lógica de economía mayoritariamente de “pan llevar” que busca conseguir una extensa paleta de recursos a los que la diversidad de los medios escalonados, a lo largo de la vertiente, les facilita el acceso. Es necesario diferenciarla de la simple lógica de policultivos, más difundida, que lleva a numerosos cultivadores, que se encuentran a menudo dentro de una economía totalmente de mercado, a conservar una variedad de productos que permiten ya sea reducir el azar (climático pero también económico ligado a la variabilidad de los precios de los productos agrícolas) o ya sea de internalizar al máximo la producción al asegurar, en el seno mismo de la empresa, la producción de los insumos cuya compra se considera demasiado costosa.

Estas dos lógicas (búsqueda de una diversidad productiva por un lado, valorización de las complementariedades para una producción de amplio espectro por otro lado) son cercanas pero distintas. Si se las examina con un poco de atención, se constata que en sus “extremos” (los casos más arquetípicos de estos dos modelos lógicos) su distribución espacial difiere sensiblemente. La primera, ampliamente difundida en los campos occidentales, a partir de un potencial productivo ecológicamente homogéneo, simplemente busca evitar “apostar todo” en una mono-producción sometida a los azares de mercados fluctuantes, prohibiendo el establecimiento de un calendario de trabajos escalonados, penalizando de esta manera la instalación de rotaciones edafológicamente indispensables. La segunda está

esencialmente presente en los campos del Tercer Mundo en donde, aunque las preocupaciones del modelo policultural están presentes, se encuentran agravadas por la falta de mecanización (que hace que el escalonamiento de los trabajos sea aún más vital), por el nivel de pobreza (que hace más el riesgo), por la monetización sólo parcial (que hace de la compra de productos alimenticios un “lujo” que uno se da sólo si estos no se pueden producir sobre las tierras que se trabajan). Este último imperativo, mayor, hace que sea extremadamente buscado el control de un territorio *con alta heterogeneidad ecológica dentro de distancias reducidas* (las zonas de contacto dirían los geógrafos, los ecotones afirmarían los ecólogos) ya que permite el acceso a una gama de producciones (de autoconsumo y/o para comercialización) mucho más amplia. Desde este punto de vista, las vertientes de montaña con alto desnivel presentan potencialidades inigualables (desde los trópicos hasta los glaciares en los Andes) y justifican la génesis de organizaciones originales sobre sus pendientes. Estas condiciones permiten pues la supervivencia asegurada del grupo social en el largo plazo, pero con un costo muy alto en tiempo y en energía en razón de la dispersión de los lugares de producción enlazados mediante itinerarios (horizontales o verticales). Esto explica que toda modernización del sistema de explotación busca reducir la carga de ello, por consiguiente a poner fin o por lo menos a reducir la amplitud del “archipiélago vertical” a lo largo del cual se organiza el territorio fragmentado.

La modernización agrícola nepalesa se libera de las presiones de valorización del diferencial altitudinal

Dentro de este contexto, los recientes estudios hechos en Himalaya por Rippert (2002) y Smajda (2002) describen grandes evoluciones en relación con la situación que prevalecía a inicios de los años 80. En esa época, “cada explotación poseía parcelas en cada uno de los tres estratos altitudinales”... (*Khet* de 1200 a 1600 m, *pakebo* de 1600 a 2000, *lekb* de 2000 a 2400 m) y, “durante el monzón, una parte de los rebaños trashumaba hacia los pastos de altura, entre 3500 y 4500 m” (Rippert 2002). En 1995, habían aparecido numerosas innovaciones que permitieron a los aldeanos salir de la difícil situación des-

crita por los investigadores franceses. La más notoria... es la introducción de un arroz rojo de altura que puede ser cultivado hasta 2100 m en vez de 1700 m” (Ibíd.). Hay que añadir también “la introducción de variedades mejoradas de trigo, de maíz, de eleusina y otros arceses de alto rendimiento”. También se utilizan abonos químicos, se ponen en práctica nuevas técnicas orgánicas para su fabricación, se han plantado árboles frutales y “aparecen árboles forrajeros al borde de las terrazas con el fin de alimentar a los animales en estabulación” (Ibíd.). La aparición de estas nuevas producciones “ha permitido una reorganización de las actividades sobre la vertiente” (Ibíd.). Los campesinos reagrupan sus tierras en un solo piso en donde hoy pueden producir el conjunto de sus recursos alimentarios como consecuencia de una ampliación de la gama de las semillas disponibles. “Este reagrupamiento de la actividad va acompañado de una dispersión del hábitat que se acerca al lugar de trabajo principal” (Ibíd.).

A la expansión del abanico genético disponible corresponde entonces una contracción del abanico ecológico trabajado y el fin de la organización en archipiélago. “Se observa una intensificación de las rotaciones sobre las mejores tierras y por el contrario un abandono de las terrazas más alejadas... o más expuestas a las devastaciones de los depredadores” (Ibíd.). En Himalaya esta evolución se basa pues en la penetración de la revolución verde proveniente de India. Ello permite que una amplia gama de productos sea preservada y se economice el tiempo de los desplazamientos que imponía su producción dentro de una estructura agraria en archipiélago.

Es una evolución cercana a la descrita por Didier Pillot y Carole Lauga-Sallenave (1994) en varios casos de terrenos de montaña tropicales en los que la reducción de las superficies disponibles imponía una “internalización” de la diversidad ecológica en una campaña que garantice una gama de extensas producciones sobre una superficie reducida. Pero mientras que en la llanura este fenómeno es sentido como un empeoramiento de las condiciones productivas (una disminución de la productividad del trabajo), por el contrario en las vertientes himalayas corresponde a una *ganancia de productividad*, el eventual aumento de trabajo que impone esta “jardinería” más cuidadosa está compensado por el ahorro de tiempo de desplazamiento que engendra la concentra-

ción de las tierras explotadas cerca del núcleo. Confirmado por las observaciones de J. Smajda en el distrito de Tansen “La variedad de los cultivos no era tan grande a comienzos de siglo”, esto marcaría una evolución hacia un modo de valorización “sostenible” que los pobladores “han encontrado en la diversidad” y que “se expresa en diferentes escalas de análisis: la vertiente, la parcela, el cerco” (Smajda 1997)

En estas condiciones, al constatar que la ampliación del abanico de semillas, de técnicas de cultivo o de crianza priva a los modelos en archipiélago de una gran parte de sus razones de ser, cabe preguntarse ¿por qué razón el movimiento no se ha generalizado más? ¿Qué factores se oponen al despliegue de semejante evolución sobre el conjunto de las vertientes de montaña del sur?

LA VALORIZACIÓN DEL GRADIENTE ECOLÓGICO PERDURA EN DIVERSAS SITUACIONES DE MARGINALIDAD

La marginalidad socio-espacial priva a algunos del acceso al “paquete tecnológico de amplio espectro productivo”

Continuando con el caso himalayo, B. Rippert nos indica que “aunque los habitantes de las aldeas bajas han modificado considerablemente sus prácticas agrícolas y producen cada vez más para vender en los mercados regionales, los pobladores de las partes altas no producen lo suficiente para alimentarse (el abono, entre otros, es utilizado desde hace más de diez años en la parte baja de la vertiente, pero de ninguna manera en los caseríos de la parte alta)”. Las condiciones geográficas diferentes explican que algunas variedades o técnicas nuevas no sean utilizables en las partes altas, pero también el costo de la innovación es a veces muy grande en relación con la situación económica de las explotaciones que carecen de márgenes de maniobra suficientes para transformar una práctica, introducir una nueva variedad y aún menos comprar abono” (Rippert 2001). En estas condiciones de

pobreza en las que la supervivencia alimentaria está sin cesar amenazada, Morlon (1992) como también P. Rambaud (1965) en el caso de los Alpes del sur, a inicios de siglo, explica bastante bien que no se podía correr el riesgo de innovar. En consecuencia el archipiélago vertical constituye siempre el recurso gracias al cual, jugando con los diferenciales altitudinales, se puede economizar en la compra de semillas “desparasitadas” con el cultivo de semillas de altura, y prevenirse contra riesgos biológicos (depredadores) o climáticos (granizo) localizados mediante la dispersión parcelaria reticular (Poinso 1999).

En este caso el espaciado de diferentes parcelas de cultivo, a una distancia geométrica y ecológica calculada, constituye pues todavía el arma principal de los campesinos demasiado pobres (o demasiado montañés) para acceder a la paleta ampliada de cultivos y de técnicas “modernas” que permitirían poner fin a los incesantes desplazamientos verticales. La existencia de un nivel de recursos particularmente bajo y/o de condiciones ecológicas desfavorables para la adopción de este “paquete tecnológico” característico de las revoluciones verdes constituye entonces una primera explicación de las supervivencias de las estructuras en archipiélago.

En los Andes, los estudios recientes de Pouille (2000) destacan la existencia de otros factores explicativos de estas resistencias al cambio. El se refiere particularmente al estatuto de “población marginal”, ya no a escala de una vertiente (los de las alturas) o de una sociedad local (los más pobres), sino a la de los estados-naciones en los cuales ellos se insertan.

Cuando la ayuda alimentaria participa en la marginalización de las sociedades indígenas de altitud

Así, desde 1981 O. Dollfus señalaba hasta qué punto estaban volviéndose minoritarios los campesinados andinos, soportando los efectos de una situación nueva. En efecto él explicaba que “más de 4/5 de los ingresos expresados en términos monetarios del conjunto de los países de América cordillerana son percibidos en las ciudades... De tal modo que los campesinos que constituyen aún 35% de la población total no aportan más que 7 a 9% del PNB por su actividad agrícola”. Sin embargo,

“estos campesinos, desde todo punto de vista minoritarios en los Estados, nunca fueron tan numerosos como ahora”... y... “nunca fue tan fuerte la presión por la tierra” (Dollfus 1981).

Al mismo tiempo, “como las agriculturas no consiguen asegurar la alimentación del conjunto de las poblaciones que en su mayoría han devenido urbanas, resulta obligatorio importar productos del extranjero” (Ibíd.). Ahora bien, estas importaciones conciernen más que todo productos “templados” (mayormente cereales) que el Norte envía a precios bajos y que eventualmente los Estados andinos subvencionan para garantizar un aprovisionamiento de escaso costo para las masas urbanas sin recursos (Peltre-Würz 1988). En los campos de altura, el precio de venta de los productos de la tierra no deja entonces de bajar por la competencia de estos productos importados. Una lectura a nivel de los Estados revela esta marginalización económica creciente de los campesinados de altura, la que también se encuentra en la lectura de los análisis a gran escala que propone Pouille (2000). Ambas destacan particularmente la incidencia de esta situación sobre las estrategias de valorización de los diferenciales altitudinales.

Así sabemos que el estatuto de indígena “quechua hablante” (Poinso et al. 1997) reduce considerablemente las posibilidades de inserción social urbana. El estudio de las estrategias migratorias en la cuenca de Guaranda (Provincia de Bolívar, Ecuador) en el seno de las familias mestizas por un lado e indígenas por otro lado, revela la visión diametralmente opuesta de la relación que las vincula con la tierra.

En efecto, la población rural se divide en dos grupos étnicos muy distintos y con comportamientos migratorios divergentes. En regla general, en el caso de los mestizos, la partida es definitiva. Involucra a la mayoría de los hijos, a veces a su totalidad, y a menudo se dirige hacia los empleos urbanos, accesibles mediante una escolaridad lo más larga posible que tiene el rol habitual “de ascensor social”. A la inversa, en el caso de los indígenas, esta migración constituye con mucha frecuencia solamente un medio temporal de acumular un capital destinado a la recompra de parcelas que permitirán una reinstalación agrícola ulterior. El análisis detallado de las estrategias migratorias de una familia indígena permite captar estas modalidades.

Para los indígenas la migración es a menudo solamente un medio de reinstalación agrícola futura

El caso que se presenta (Pouille 2000) es el de una familia amplia, de la comunidad indígena de San Antonio, situada a 3500 m de altura en el flanco suroeste del Chimborazo. Está conformada por cuatro familias nucleares con relaciones de parentesco: dos hermanos, una hermana y un primo además de la madre de los tres primeros. Esta situación es el resultado de una división reciente de la herencia. En efecto, a la muerte del padre de esta "tribu", el hermano mayor, designado como heredero principal, recibió 4,9 hectáreas (en once parcelas) de las 7,6 que constituía el patrimonio familiar.

A su hermano menor, soltero, se le atribuyó 1,1 hectáreas (en cuatro parcelas). Él tendrá entonces que migrar durante largos períodos para ganar lo necesario para comprar las 2 ó 3 hectáreas suplementarias que, completadas con la dote de su futura esposa, le permitirán vivir de la tierra. Para ello, desde la edad de catorce años está en Quito, empleado en obras de construcción y sólo regresa entre dos y cuatro veces al año para realizar las grandes faenas. Su hermano mayor cultiva sus parcelas durante su ausencia y él aprovecha estos viajes para llevar a Quito la parte que le corresponde de la cosecha. Parcialmente alimentado por la explotación, de este modo él logra economizar una fracción grande de su salario, aunque residiendo en la ciudad.

El tercer vástago, la hermana, ya desde antes del deceso de su padre había recibido en calidad de dote 0,4 hectáreas en dos parcelas que vinieron a sumarse a unas cuantas que su marido posee en la comunidad vecina de Casaiche y que ambos esposos cultivan. Situadas más alto que el resto de la explotación, están diferentemente expuestas a las calamidades agrícolas y permiten entonces distribuir los riesgos.

Luego viene el primo, huérfano desde hace mucho tiempo (hijo del hermano del padre), recogido por su tío quien en ese entonces había recuperado de su difunto hermano 0,8 hectáreas en tres parcelas. Se las restituyeron pues en el momento de las divisiones de la herencia. Él se encuentra entonces en una situación parecida a la del hermano menor y, como él, tiene que migrar hacia la

ciudad para constituir el capital destinado a su futura instalación.

Finalmente, la madre conserva las dos parcelas (0,8 ha) que trajo de dote cuando se casó. Sigue cultivándolas personalmente evitando de esta manera el riesgo de tener que someterse a la autoridad de su hijo mayor o de su nuera.

La situación se agrava en este caso por la considerable presión demográfica. Así, los cuatro descendientes del padre sólo tienen para repartirse 6,8 hectáreas (7,6 – 0,8 de la madre). Sensiblemente las superficies son pues del mismo orden que aquellas de las que disponen los mestizos (1,3 ha de promedio en un pueblo vecino). La diferencia se manifiesta en los proyectos de los hijos que siempre consisten en una instalación agrícola en el lugar lo que requiere de la constitución mediante la migración de un capital monetario, transformable en capital predial. Como para los hijos mestizos, las grandes ciudades ofrecen hoy un destino privilegiado pero con perspectivas muy diferentes. Rechazados por la sociedad urbana moderna a causa de su estatuto de indígenas, los indios jóvenes saben que su integración es imposible. Sin conocimientos escolares, muchas veces manejando poco el castellano, consideran este intermedio ciudadano tan sólo como una etapa inevitable hacia su reinstalación rural ulterior. En esto difieren totalmente de los jóvenes mestizos para quienes el ascensor escolar debe permitir una integración definitiva en la ciudad y, a través de ella, a la vida moderna.

Estos indígenas no imaginan otra cosa que no sea el retorno a la tierra natal en donde una explotación, con fines de autosubsistencia, al menos parcial, les permita vivir con base a las escasas hectáreas (de 3 a 5) que ellos consideran como un mínimo. El proyecto es idéntico para todos pero la exigüidad de las tierras disponibles es tal que su realización no será siempre posible. En efecto, si cada familia que vive sobre 6,8 hectáreas engendra tres descendientes deseosos de instalarse sobre cuatro hectáreas cada uno, pronto serán necesarias doce hectáreas. ¿Dónde encontrarlas? El fuerte movimiento natural de las poblaciones indígenas, ya antiguo, reclama nuevas tierras que la montaña no puede darles.

Se busca respuestas mediante un vigoroso empuje en dirección de las tierras cálidas. El desafío que recubre, en estas perspectivas, consiste en saber si esta valoriza-



Figura 2. Percepción de los diferentes pisos por los agricultores de San Juan de Llundongo (según Pomeroy C.. "Fincas familiares multizonales en la vertiente occidental de los Andes ecuatorianos" en Nuevas investigaciones antropológicas ecuatorianas. Ed. Abya-Yala, Quito, 1988. p. 125-152)

ción de nuevas tierras mantiene las modalidades específicamente indígenas (o sea bajo la forma de una agricultura parcialmente de autosubsistencia, en la que entran en juego los diferenciales altitudinales y con una dispersión parcelaria que permita producir recursos alimentarios diversificados y seguros), o si por el contrario, al salir de las actuales presiones de densidad, al desconectarse de las tierras indígenas tradicionales, del contexto cultural también, pueden sobrevenir evoluciones y

generar un modo de valorización agrícola más remunerador y seguro, por consiguiente menos disperso que aquel de las tierras frías.

LA OPTIMIZACION DE LA PRODUCTIVIDAD DEL TRABAJO IMPONE LA VALORIZACION DE LOS GRADIENTES

Según Pouille (2000) el movimiento de conquista interviene según dos modalidades claramente distintas. La primera, territorial, consiste en una conquista de tierras hacia abajo de la vertiente, a escasa distancia de los terrenos indígenas tradicionales. La segunda, reticular, interviene bajo la forma de adquisiciones de tierras lejanas, accesibles solamente a través de redes y valorizables según modalidades que carecen de relación con aquellas que prevalecen en los terrenos de altura.

Las extensiones de terrenos a través de la conquista de las vertientes cálidas

Es un fenómeno que ha ocurrido en situaciones geográficas particulares (Pomeroy 1988). A partir de los años 40 y hasta 1970, se ofreció a comunidades situadas en el borde externo de la cuenca de Guaranda (Provincia de Bolívar, Ecuador) la posibilidad de comprar algunas tierras de las vertientes externas, que dominan la llanura litoral (*figura 2*). La oportunidad se presentó luego de procesos de modernización de las haciendas y de anuncios de reformas agrarias que incitaron a los propietarios a deshacerse, mediante ventas interesantes, de las tierras más abruptas y marginales. En un primer momento, quienes aprovecharon de estas oportunidades fueron mayormente mestizos, personal ejecutivo o de servicio de estas haciendas, por consiguiente poseedores de un pequeño capital. Solamente después, los indígenas pudieron acceder a su vez a estas disponibilidades de tierras que permiten acrecentar sus superficies cultivables.

El medio recientemente accesible ofrecía entonces potencialidades ecológicas diferenciadas (*figura 2*). La parte alta de la vertiente, llamada cerro o Urku (cima), está situada entre 2 800 y 3 000 metros de altura. Con neblina, pegada a las tierras frías, podía ser cultivada con habas o papas. Más abajo (2 000-2 800 m), el cerro bajo corresponde a la Nebelwald (selva nublada). Conviene particularmente para el pasto de un ganado bastante mejorado, eventualmente de origen europeo. Abajo, la Yunga chica o Uvilla Yunga (pequeño valle cálido situado entre 1400 y 2 000 m) tiene eventualmente un pasto para crianza extensiva de bovinos de raza criolla o los primeros “cultivos cálidos” (caña de azúcar, platanales). Más abajo aún, la Yunga

(o Montaña), situada entre 300 y 1 400 metros de altura, corresponde a los valles cálidos. Allí se cultivan productos tropicales clásicos como caña de azúcar, plátano, café, cacao, naranjas, piñas, yuca. Completamente abajo, la Costa (o Ura llakta) corresponde a la llanura costera con sus plantaciones agro-industriales y sus arrozales.

Dentro de este marco se observa que los habitantes de la Sierra, con el fin de conseguir el capital que permita el acceso a las tierras disponibles, generalmente comenzaron migrando hacia las plantaciones de la costa cuyos salarios son más elevados. Al descubrir allí los métodos agrícolas propios de las regiones cálidas, entonces pudieron comprar tierras en la Yunga chica y en la Yunga, practicando cultivos tropicales allí al mismo tiempo que mantenían sus parcelas y sus cultivos fríos de la Sierra. Constituían así explotaciones, multizonales en 80% de los casos, siguiendo un sistema de producción nuevo en el cual las tierras altas tradicionalmente indígenas proveían la alimentación de base mientras que aquellas que acababan de adquirir estaban dedicadas a producciones comercializables. Los ingresos monetarios provenientes de estos nuevos cultivos permitían además comprar, abono, productos fitosanitarios, semillas seleccionadas para las tierras frías, lo que indica bien que aquellas conservaban un carácter vital en la economía familiar. Sin embargo estas estrategias se diferenciaban de acuerdo al tamaño de las familias y la extensión de las tierras poseídas en el medio “frío”.

Cuando la familia era restringida o las superficies de altura insuficientes, se observaba un abandono progresivo de éstas, una disolución graduada de los vínculos mantenidos con la comunidad y un acceso al estatuto de “olvidados” que se traduce mediante la adopción de un estilo de vida, y de agricultura comercial, típicamente mestizo.

A la inversa, cuando la familia era numerosa y/o las superficies poseídas en altura eran importantes, las familias nucleares fundadas por los hijos se dispersaban en los diferentes pisos ecológicos y continuaban manteniendo vínculos estrechos (intercambios de productos agrícolas, monetarios, de trabajo...) dentro del marco de la familia ampliada. Interventía entonces la reconstitución, en apariencia, de un archipiélago. El sentimiento de pertenencia al grupo se mantenía, la identidad indígena persistía y las transferencias económicas desde las tierras bajas hacia

las altas permitían una “reproducción de la explotación en todos los pisos” (Pouille 2000). En consecuencia, aunque estas extensiones de límites permiten una integración parcial de los agricultores indígenas a los circuitos económicos nacionales, incluso mundiales, a través de las producciones comerciales y las compras de insumos que efectúan, muchos aspectos de la administración parcelaria, de sus modos de transmisión de las tierras, siguen siendo ampliamente indígenas y conservan por esta razón rasgos propios de las sociedades tradicionales.

Explotaciones “bi-zonales” administradas con el afán de optimizar la productividad del trabajo

Estos diferentes casos muestran hasta qué punto el estatuto de “marginal” desempeña un doble rol para explicar la consecución de una valorización del diferencial altitudinal. Como esta marginalidad es antes que nada sociocultural los jóvenes indígenas escogen migrar tan sólo para acumular un capital que permita el acceso a esta tierra que les permitirá vivir. Pero esta reinversión agrícola podría traducirse en el cultivo de una gama de producciones especulativas semejantes a las que se ve florecer en las vertientes cálidas que los pequeños campesinos van conquistando poco a poco. Sin embargo esta marginalidad sociocultural se ve aumentada con un estatuto de “políticamente minoritarios” que los margina en el plano económico, convirtiendo sus producciones “templadas” en las sacrificadas del modelo alimentario ecuatoriano.

Desde luego, *a la cabeza de las tierras escalonadas a lo largo de la vertiente*, parece insostenible una estrategia de agrupamiento sobre un nivel preferencial, semejante a las descripciones de Rippert en Salme. En efecto, si las tierras de abajo permitiesen que se constituyan explotaciones rentables (es el caso de aquellos “olvidados” que cortan poco a poco todos los vínculos con su comunidad de origen), las parcelas de arriba, condenadas a producir productos “invendibles” no podrían hacer vivir a familias integradas a una economía monetizada. Por consiguiente, están dedicadas a la producción *de productos que se consumen* mientras que las de abajo, recientemente adquiridas, garantizan los ingresos monetarios de la explotación.

Así pues nace un modelo de explotación bi-zonal en una situación a horcajadas sobre la economía monetizada y la economía de “pan llevar”. Modelo que no es el resultado de una opción sino del hecho que, en una región en donde la tierra es escasa, las condiciones de remuneración de los productos de las tierras frías son demasiado mediores. Allí en donde, en otros lugares, se abandonarían estas tierras que se valorizan mal dentro de una lógica comercial, aquí se las mantiene en producción para poder alimentarse, tanto por opción económica (valorizar tierras disponibles dentro de un contexto de penuria de tierras) como por opción cultural (arraigo a la tierra que da de comer —la *pachamama*— y a sus frutos).

Esta nueva situación plantea el interrogante de conocer *la amplitud del diferencial ecológico* que se quiere controlar. En este caso, puestos en una situación de agricultura semi-monetizada, estos campesinos disponen de ingresos financieros significativos provenientes de las tierras cálidas. En consecuencia pueden adquirir en los mercados una parte de los productos que una economía estrictamente de pan llevar obtendría a lo largo de un gradiente altitudinal muy amplio. *Aquí ya no se actúa movido por el afán del control altitudinal de un máximo de pisos ecológicos (Murra 1972) sino solamente por el de asegurar una productividad máxima a un trabajo agrícola que interviene en un parcelario cuyo potencial de valorización es desigual.*

Dentro de una lógica de autoconsumo, las tierras altas permiten la producción de los cereales y leguminosas con los que se alimentan, mientras que las de abajo permiten una remuneración satisfactoria de la mano de obra dentro de una lógica especulativa. Más que la amplitud ecológica se utiliza la diferencia cualitativa de potencial productivo, a semejanza de un agricultor europeo que juega de manera diferenciada con parcelas ecológicamente parecidas pero clasificadas, unas con DOC (denominación de origen calificada —quesera o vitícola—) y otras “sin sello de calidad”. Las afectaciones serían distintas, no porque las condiciones ecológicas difieran sino porque la remuneración del trabajo no es idéntica; la búsqueda de una productividad óptima conduce pues a valorizaciones de cultivos diferenciadas.

En este caso, *el gradiente altitudinal interviene como gradiente geográfico* (la valorización de las producciones depende de los lugares y la dispersión de las parcelas reduce el impacto de los riesgos localizados) pero *no como gradiente*

de montaña que permite el acceso a la gama más amplia de recursos sobre una distancia reducida. *Entre estas dos lógicas no hay ruptura brutal sino sustitución progresiva de las prioridades. De una preocupación inicialmente muy "aseguradora" se deja que el deseo de optimizar la productividad del trabajo cobre más importancia progresivamente, a medida que retrocede la angustia de la penuria.*

El análisis de las estrategias amazónicas que Pouille ha estudiado en el caso de los migrantes de Bolívar que no optaron por la ciudad, ilustra hasta qué punto esta evolución de las prioridades interviene también fuera del marco de montaña a medida que retrocede "la aversión al riesgo" (Morlon, 1992).

La conquista de la Amazonía

En 1990, la Amazonía es el destino final de 15% de los migrantes de Bolívar. Sus lugares de instalación se agrupan en dos zonas preferenciales: a lo largo del eje Baeza – Puno, en los alrededores de Tena (esto desde 1960) así como a lo largo del eje Baeza – Lago Agrio y Lago Agrio – Coca (esto desde 1970 y sobre todo 1980). La investigación de Fabien Pouille se ocupa de los actuales habitantes de la primera zona cuyo asentamiento es el más antiguo (*figura 3*). Fueron encuestadas 35 familias distribuidas en seis colonias distintas.

El tamaño de las explotaciones es siempre de cincuenta hectáreas desde la época de atribución de lotes por parte de IERAC¹ y ha variado poco desde entonces. Estas se distribuyen en segmentos de 250 metros de ancho por 2000 metros de largo repetidas hasta seis veces y situadas a ambos lados de la carretera. De tal manera que las más lejanas se encuentran a 12 kilómetros de la pista carretable lo que en consecuencia plantea importantes problemas de accesibilidad (reducción de las compras de insumos, difícil comercialización de la producción,...). Dentro de este marco, la valorización no es más que parcial ya que, desde la primera fila, la superficie desbrozada no excede 20% del total (es decir una decena de hectáreas sobre las cincuenta disponibles), porcentaje que va reduciéndose a medida que aumenta la distancia con relación a la carretera.

En el conjunto de la zona, la afectación de los suelos es de tipo policultural con diferenciaciones según la accesibilidad. Los más cercanos a la carretera tienen en su mayoría cultivos comerciales (café, cacao, plátanos, palma aceitera,...), que completan con ganadería bovina extensiva. Entre estos campesinos privilegiados, algunos hablan de un "paraíso", debido a la mejor valorización de los cultivos en comparación con los precios de los productos "fríos" producidos en la Sierra, pero también de la superabundancia de tierras que permite cultivar sin otro límite que la fuerza de trabajo disponible. Cuando uno se aleja del eje vial, la ganadería adquiere importancia (su comercialización es fácil por el hecho que los productos se desplazan por sí solos) mientras que los cultivos de "pan llevar" son mayores que los comerciales, por la gran dificultad de trasladarlos hasta el borde de la carretera.

En materia de afectación parcelaria, este ejemplo es bastante ilustrador. En efecto, indica que la distribución de los cultivos comerciales en relación con los de pan llevar depende aquí de la conexión con las redes de transporte. Tratándose de pesos de escaso costo unitario, cualquier alejamiento de la red principal aumenta considerablemente los costos de envío (a lomo de bestia, en carreta, o hasta en un vehículo todo terreno) reduciendo entonces en la misma cantidad la remuneración del trabajo. La mayor dificultad para obtener un ingreso monetario satisfactorio lleva a los que están muy mal situados a preferir permanecer en una lógica de autoconsumo, al menos parcial, para la cual el posicionamiento desfavorable en un espacio reticular ya no es más una desventaja.

Desde las vertientes cálidas hasta el piedemonte amazónico, se está frente a dos situaciones de parcelas policulturales parcialmente de "pan llevar" que tienen cada una una explicación distinta. En un caso, la mala accesibilidad a la red de comercialización, en otro una competencia "humanitaria" demasiado desigual. En el primero una circunstancia espacial, en el segundo una circunstancia "ecológica" (el carácter templado del medio impide cualquier escapatoria frente a la competencia occidental). En todos los casos, el posicionamiento de los cultivos de "pan llevar" en el seno de los gradientes se explica por las condiciones geo-económicas demasiado desfavorables para las producciones comerciales. *La posición de marginalidad, geográfica o político-económica es pues la que explica la resistencia*

de una valorización de los suelos con cultivos de “pan llevar”. Coexiste en ambos casos con una valorización monetizada del otro fragmento de un espacio productivo heterogéneo, diferenciado en un caso por su altitud y en el otro por su accesibilidad.

CONCLUSIÓN

De un razonamiento sobre la valorización del escalonamiento de los medios, hemos pasado por etapas al análisis de un caso de valorización diferenciada según un gradiente de accesibilidad. Cuando la posición de la forma parcelaria (en este caso, un segmento de 250 m de ancho por 2000 m de largo) frente a la red vial introduce semejante gradiente de accesibilidad decreciente, la disposición de las producciones, como a lo largo de una vertiente (pero también en el modelo de Von Thünen), tiende a disponerse de manera diferenciada según la accesibilidad a la carretera. Este principio de espaciado difiere del precedente por su estructura que no es en “archipiélago” en este caso pero presenta un continuum territorial. La interrogante que se plantea es saber si en las montañas, en donde subsiste un despliegue de producciones a lo largo de la vertiente, se trata de una simple adaptación al gradiente, semejante en su principio al caso amazónico, o de una organización que busca como antes “el control de un máximo de pisos ecológicos”.

Con base en estos ejemplos, parece que cuando la comercialización de una parte de la producción puede ser asegurada a precios satisfactorios (como en las vertientes cálidas de Bolívar), se puede acumular un pequeño capital que desempeñará el rol de un “amortiguador de riesgo” al mismo tiempo que permitirá adquirir bienes que no se pueden producir en las cercanías del lugar. En este caso la función del dinero viene a substituirse a la del espacio “en archipiélago”, el trabajo que reclama su obtención permite economizar el tiempo de los desplazamientos considerables que impone una dispersión máxima del parcelario a lo largo de la vertiente. Aunque a escala de la familia ampliada la organización productiva conserva un carácter parcialmente escalonado, en este caso se entra de lleno en una racionalidad en donde la búsqueda de una productividad optimizada es más importante que la de una seguridad absoluta de los recursos en especies.

A la inversa, en las situaciones de mayor marginalidad económica (los más pobres) o territoriales

(los más alejados), incluso culturales (los menos integrados), al ser tan difícil, incluso hasta imposible el acceso a los diferentes mercados (bienes alimentarios que se compra o que se vende, nuevas variedades que ofrecen una amplitud ecológica ampliada, trabajo que da acceso al dinero), el afán por protegerse de los riesgos sin disponer de recursos monetarios lleva a reproducir, bajo formas a veces modernizadas, las estructuras en archipiélago tan universalmente extendidas antes. Las sociedades que se someten a ello continúan buscando en la dispersión territorial y el control de una máxima amplitud ecológica una seguridad de los aprovisionamientos que su situación de marginalidad social, económica y territorial les impide obtener mediante la constitución de un “colchón monetario” y/o de un paquete tecnológico suficiente.

Si esta oposición entre modernos y tradicionales, integrados y marginales (tal como lo mencionaba Rippert en el caso de la vertiente de Salme) constituye una comodidad para la exposición, es más bien demasiado dicotómica para ser operativa. Para matizarla y explicar sus intergrados, se puede seguir el análisis de P. Rambaud (1965) sobre las modalidades de aculturación campesina en contacto con “la urbanización” de las relaciones sociales. Esta lectura destaca una transformación progresiva de la relación con el medio (en este caso diferenciados por la altitud) a medida que se va imponiendo en las mentalidades campesinas una conciencia del “tiempo perdido” (en este caso en desplazamientos), “sub-producto” de la cuantificación monetizada del tiempo de trabajo que induce la difusión del salariado.

En las economías autárquicas de antes, el dominio de un territorio extenso y diversificado, incluso “en archipiélago”, es el que daba fuerza y seguridad a un grupo social, lo que justificaba los innumerables desplazamientos de un punto a otro de un espacio escalonado pero vasto, y en consecuencia “seguro”. A la inversa, en las economías nacionales dentro de las cuales se mueven los campesinos de hoy, el acceso a la diversidad de los bienes consumidos se basa tanto en la posesión monetaria como en el dominio de un territorio disperso, una reemplaza a la otra. Al tomar conciencia de esta substitución progresiva de los medios de acceso a los recursos, los campesinos andinos o himalayos producen siempre dentro del marco de un parcelario escalonado que han heredado. Si su configuración permanece sin cambios al menos du-

rante un primer momento, el interés que le tienen evoluciona bajo la notable impulsión del trabajo remunerado que efectúan todos en diversos grados, en la ciudad o en otras explotaciones vecinas. A partir de ahí la calidad de las parcelas es medida con base en la rentabilidad del trabajo que se invierte en ello, rentabilidad que es también dependiente de la demanda urbana que remunera más o menos las producciones provenientes de tal o cual piso ecológico. Dentro de este contexto, continuar explotando un parcelario “en archipiélago” sólo se justifica si la remuneración del trabajo que se efectúa en él, *incluido el tiempo de acceso*, presenta un carácter satisfactorio. Por este hecho, debido a las condiciones del mercado local y de la estructura familiar que permite o no una dispersión de las familias nucleares a lo largo de la vertiente (factor de economía de movimientos), el mantenimiento e incluso la constitución de estructuras escalonadas puede aún intervenir como en las vertientes cálidas de Bolívar (Ecuador). Pero cuando la diversidad de las producciones posibles en un lugar se amplía mediante una “Revolución Verde” mientras que la remuneración del “trabajo-desplazamiento” sobre las parcelas alejadas no es suficiente, el archipiélago se contrae y se impone la lógica del agrupamiento.

Esta interpretación de los diferentes casos examinados desde las vertientes hasta la Amazonía, permite captar su coherencia de conjunto, detrás de la aparente diversidad de las manifestaciones locales. Aparece pues un *continuum* de situaciones, simplemente diferenciadas por las configuraciones económicas, sociales, técnicas, mesológicas y de configuraciones parcelarias entre las cuales “maniobran” las sociedades rurales cuya “lógica del movimiento” tratamos de comprender.

BIBLIOGRAFÍA

Brush, S. 1974 «El lugar del hombre en el ecosistema andino». *Revista del Museo Nacional. Lima. 40. p. 277-299*

Couty, Philippe. 1968. “La structure des économies de savane africaine”. *Cahiers de l'ORSTOM, Série “Sciences Humaines”, V - 2*, pp. 23-43

Delaunay D. 1989. “Espacios demográficos y redes migratorias”. In *Flujos demográficos en el Ecuador*. Estudios de geografía, Vol. 1. Quito: Corporación Editora Nacional? p.

Dobremez, Jean-François. 1986. (Ed.). *Les collines du Népal Central*. Paris: INRA. (2 tomes).

Dobremez, Jean-François. 1989. “Variétés et complémentarités des milieux de montagne : un exemple en Himalaya”. *Revue de Géographie Alpine*, t. LXXVI, 1-2-3. pp. 39-56.

Dollfus Olivier. 1981. “Des paysanneries minoritaires”. *Etudes Rurales* n° 81-82. pp. 5-24.

Fioravanti-Molinié, Antoinette. 1981. “Variations actuelles sur un vieux thème andin : l'idéal vertical”. *Etudes rurales* n° 81-82, p. 89-107

Golte J. 1980. *La racionalidad de la organización andina*. Lima: IEP. 124 p.

Greslou, François. 1981. “Le système d'exploitation des communautés de San Juan de Uchucuanicu (Pérou) et de Mojsa-Huma (Bolivie)”. *Etudes Rurales* n° 81-82, p. 109-125.

Martínez, Luciano. 1985. “Migración y cambios en las estrategias familiares de las Comunidades Indígenas de la Sierra”. *Ecuador Debate* n° 8. pp. 110-128

Morlon, Pierre. 1990. «Complément à l'article de J. P. Deler». *Mappemonde* 90/4, p. 8-9

Morlon Pierre. 1992. *Comprendre l'agriculture paysanne dans les Andes Centrales (Pérou, Bolivie)*. Paris: INRA Editions, 522 p.

Murra, John. 1975. "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas" in *Visita de la provincia de León de Huánaco (1562) Inigo Ortíz de Zúñiga, Visitador* (Tomo II), Huánaco (Perú): Universidad Hermilio Valdizan, 1972, p. 429-476 (vuelto a publicar tres años mas tarde en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. Lima: IEP. p. 59-115).

Peltre-Wurtz J. 1988. "Le blé en Equateur ou le prix de l'indépendance alimentaire". *Cahiers ORSTOM*, série Sc. Humaines, 24/2. p. 213-223

Pillot, Didier and Lauga-Sallenave, Carole. 1994. «Dynamique d'embocagement du terroir en zone tropicale d'altitude : contraintes sociales, pression démographique et moteurs de l'innovation dans quatre situations agraires». in *Innovations et sociétés ? : quelles agricultures? quelles innovations? : actes du XIV^e séminaire d'économie rurale, 13-16 Sept. 1993* éd par Pascal Byé, José Mucnik, J-P. Chauveau... [et al.]. Montpellier : INRA-CIRAD-ORSTOM. p. 121-133

Poinsot, Yves. 1999. «L'incidence géographique des risques agricoles : une formulation théorique à partir de cas andins et africains». *Revue de Géographie Alpine*, 3/ p. 31-50

Poinsot Yves, Pouille Fabien et Pouyllau Michel. 1997. «Deux modèles culturels de la ruralité andine : Province de Bolivar, Equateur». in *La ruralité dans les pays du Sud à la fin du XX^e siècle* éd. par Jean-Marc Gastellu et Jean-Yves Marchal. Paris : ORSTOM Editions. p. 471-492 (Coll. "Colloques et séminaires)

Pomeroy C. 1988. "Fincas familiares multizonales en la vertiente occidental de los Andes ecuatorianos". In *Nuevas investigaciones antropológicas ecuatorianas*. Quito : Ed. Abya-Yala, p. 125-152

Pouille, Fabien. 2000. *Systèmes agraires, stratégies individuelles et collectives des populations rurales dans les Andes équatoriennes : l'exemple de la Province de Bolivar*. sous la dir. de Georges Rossi. Thèse de Doctorat : Géographie. Université de Bordeaux III , 355 p.

Rambaud, Placide. 1969. *Société rurale et urbanisation*. Paris : Seuil, 318 p. (Coll. Esprit)

Rippert, Blandine. 2001. "Innovations agricoles et transformations socio-économiques et religieuses sur un versant himalayen (Népal central)". in Bart François, Morin Serge, Salomon Jean-Noël (Dir.). *Les montagnes tropicales : identités, mutations, développement*. (Actes de la table ronde organisée à Bordeaux-Pessac les 27 et 28 Novembre 1998). Talence, DYMSET, CRET. pp. 451-460 (Espaces Tropicaux n° 16).

Sacareau, Isabelle. 2001. "Du village à la ville, de la ville à la montagne : mobilités et territorialités des paysans-porteurs du Centre-Ouest du Népal" in Bart François, Morin Serge, Salomon Jean-Noël (Dir.). *Les montagnes tropicales : identités, mutations, développement*. (Actes de la table ronde organisée à Bordeaux-Pessac les 27 et 28 Novembre 1998). Talence, DYMSET, CRET. pp. 461-478 (Espaces Tropicaux n° 16).

Smajda, Joëlle. 2001. "Permanences et mutations dans la région de Tansen, Népal de l'Ouest, d'après les photos de 1922-1932/1997". in Bart François, Morin Serge, Salomon Jean-Noël (Dir.). *Les montagnes tropicales : identités, mutations, développement*. (Actes de la table ronde

organisée à Bordeaux-Pessac les 27 et 28 Novembre 1998). Talence, DYMSET, CRET... pp. 83-95 (Espaces Tropicaux n° 16).

NOTAS

1 Centre National de la Recherche Scientifique - Francia

2 Institut National de la Recherche Agronomique - Francia

3 Esencialmente el *Boletín del Instituto Francés de Estudios andinos*, 4(1-2) 1975, 125p. y el volumen 21 de los *Travaux de L'IFEA* (Vol. 1: O. Dollfus *et al.* (1980): *Ambana Tierras y hombres*, IFEA/MAB, La Paz, 247 p. y Vol. 2: Greslou F., Ney B. (1986): *Un sistema de producción andino. El caso de los comuneros de San Juan y Huascayo- Valle de Chancay*, IFEA/CBC, Cusco, 177 p.) y en fin Eresué M., Brougère A. - M., Editeurs (1988): *Políticas agrarias y estrategias campesinas en la cuenca del Cañete*. Universidad Nacional Agraria / IFEA, Lima, 264 p.

4 Por ejemplo en Bordessoule Eric (Coord.). *Les montagnes*. Nantes, Ed. du temps. 2002. 349p.

5 Se sugiere consultar J. murria (1975) para ampliar el concepto de archipiélago vertical.

6 No se podría hablar aquí de economía autárctica. Sabemos desde hace mucho tiempo cuánto las economías campesinas tradicionales (a veces desde la Edad Media en Europa) están en la obligación de comercializar una parte, a veces importante, de su producción para asegurarse un ingreso monetario que le permite el pago de los impuestos, el acceso a los servicios médicos o religiosos y a productos artesanales y luego industriales, etc. Los calificaremos sin embargo de auto-subsistentes o de pan llevar en las siguientes páginas, en el hecho que, con un deseo de ahorro propio de las sociedades de penuria, se alimentan mayoritariamente con productos de la misma explotación. Eso no excluye que una parte de esta producción sea comercializada (*cf.* el estatus de "culturas intermediarias" discutido por Ph. Couty, 1968) o que producciones destinadas a la sola comercialización sean también presentes, en proporciones que pueden ser importante.

7 Es frecuentemente el caso en ganadería donde el ganadero siembra la alfalfa, el maíz, la cebada, los forra-

jes, además de sus praderas para producir internamente los productos vegetales con los cuales alimenta su ganado.

8 Se puede estimar en los Andes a un tercio el tiempo diario consagrado a los desplazamientos, por dos tercios atribuidos al trabajo en estas condiciones de valorización tradicionales.